

«IRSE DE CUBA»

(Marzo 1994)

En la homilía del día 1 de enero, en la iglesia Catedral de La Habana, al inaugurarse el Año Internacional de la Familia, decía que en estas tres últimas décadas la familia cubana está marcada por la separación de sus miembros a causa de la salida del país de una parte de los mismos. Es cierto también que hay familias que se han marchado con todos sus integrantes, los cuales, generalmente, han podido reunirse en el extranjero en forma sucesiva, pero el número de los que no han alcanzado ese objetivo es alto. Lógicamente, pues, mucho se ha hablado en estos años de la reunificación familiar, pensando en quienes han quedado en Cuba separados de sus familiares cercanos. Sin embargo, a medida que pasa el tiempo, la reunificación familiar parece convertirse cada vez más en un sueño irrealizable. Es muy alto el número de cubanos residentes en el extranjero con familiares cercanos en Cuba. Por otro lado, el tiempo complica naturalmente la historia familiar y se producen casamientos y nuevos nacimientos que amplían el número de los allegados en una proporción notable, creándose así una cadena, cuyos eslabones no cesan de multiplicarse y que parece no tener fin.

Están, además, los que no tienen ningún familiar cercano en el extranjero, pero desean abandonar el país. Unos y otros buscan todos los medios posibles para hacerlo: visas por terceros países, viajes de visita a familiares en Estados Unidos sin retorno a Cuba, estancias de trabajo o estudio que se vuelven interminables e implican, de hecho, una especie de emigración y la temeraria decisión de atravesar en balsas, pobremente construidas, el Estrecho de la Florida, poniendo en peligro la vida propia y aun la de niños o de mujeres gestantes. No se sabe el número exacto de muertos en este empeño. Algunos calculan que la cuarta parte, o aun la tercera de los que se lanzan al mar, muere en el intento. Si el año pasado llegaron a Florida por esta vía unos tres mil cubanos, ¿cuántos perecieron en esa terrible aventura? La salida del país constituye un drama real en la historia cubana contemporánea. No es mi propósito emitir juicios y señalar responsabilidades, sino hacer un llamado a las conciencias y a los corazones para enfocar esta situación con verdadera sensibilidad que nos lleve a todos a la reflexión y a la oración.

Las posturas históricas ante la salida de los cubanos del país han sido, fundamentalmente, dos: la condena indiscriminada de todo el que se va o la alegría en quienes se marchan y en algunos de sus familiares, amigos u otros que comparten la misma ilusión de salir del país.

Pero ¿no habrá otro sentimiento más hondo que pueda ser compartido por todos los cubanos, tanto por los que tradicionalmente se indignaban y aun proferían insultos contra quienes se iban, como por los que han mostrado una alegría un tanto superficial ante el propósito logrado de irse de Cuba? Sí, existe un sentimiento verdadero que siempre ha estado presente y que poco se ha expresado: el dolor. Dolor en quienes se van por abandonar su tierra, y su gente; dolor en quienes se quedan, porque el país se empobrece al perder sus hijos. Dolor porque se nos va el médico amigo, el artista o el deportista que seguíamos en sus éxitos, dolor por el escritor destacado, por el pintor preferido o por el vecino de tantos años que era como de la familia, por el amigo con quien jugamos de niños o por los ancianos que quedan más solos aún, pendientes, de ahora en adelante, de las noticias de sus hijos y nietos.

Es verdad que este dolor siempre ha existido en quienes se van y en quienes se quedan, pero ha sido acallado, disimulado, sea por una alegría superficial y hasta

chocante en algunos casos, o enmascarada por una furia insana en otros. Pero es la hora de dejar esos disimulos, de quitarnos las máscaras y de decir bien alto que la partida del país de tantos cubanos es un dolor, a menudo personal y cercano, en ocasiones profundo, pero es también, sobre todo, un sufrimiento comunitario, compartido, es el dolor de la Patria que se queda sin sus hijos.

Aun si algunos de ellos fueran díscolos o menos amorosos, la Patria, como una gran familia, debe ser capaz de cargar con todos sus hijos y congregarlos en el amor. Esa es la Patria «con todos y para el bien de todos» con la que soñara Martí; sueño todavía no alcanzado, pero irrenunciable por justo y verdadero. Dejemos que estos sentimientos altos y nobles se abran paso, derribando las cortezas artificiales que no expresan nuestro real sentir.

En estos días de Semana Santa, la Cruz en la que fue clavado Nuestro Señor Jesucristo se alza ante nosotros como expresión viva del sufrimiento redentor. El Salvador escogió, para salvar, el camino del dolor. Ningún otro camino hubiera podido ser redentor. En la gama de los sentimientos humanos, la ira, el cinismo, la indiferencia, la venganza o la ambición, no redimen. Redimen la compasión, la comprensión, la misericordia y estas no pueden darse sin amor y sacrificio, sin una dosis de dolor aceptado y compartido. A la Patria se le sirve también sufriendo por ella, porque el dolor es redentor.

Por esa misma cruz del Señor, en estos días sagrados en que celebramos la muerte y Resurrección de Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, quiero hacer una súplica a aquellos que arriesgan sus vidas lanzándose al mar especialmente a los jóvenes, para que no cedan a la tentación de correr esa suerte. La vida es un don de Dios y no debe ser arriesgada sino por razones muy poderosas, como salvar otra vida. No dejen en los corazones de sus madres, padres, hermanos y amigos un sufrimiento irreparable. Que no haya ninguna madre que arriesgue la vida de su hijo pequeño en una acción tan peligrosa. Aprendamos, en fin, a penar y sentir en esa clave humana que es capaz de transformarnos a todos cuando encontramos lo mejor de nosotros mismos.

Con mi bendición y mi oración por que tengan ustedes una Feliz Pascua de Resurrección.